



HEMEROTECA MUNICIPAL REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO MADRID

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 27. — Madrid 25 de Septiembre de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pr. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Las bellas artes en España*, Conde de la Viñaza. — *El veterano*, D. Valentin Gómez. — *El espíritu de Rosales*, D. Angel Salcedo Ruiz. — *La felicidad*, Alcalde Valladares. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

TARRAGONA: CASA ÁRABE, por P. M. Bertrán. — Esta vista aumenta la serie que venimos publicando de monumentos y recuerdos históricos como esta característica casa, cuya original portada tanto llama la atención del viajero.

BARCELONA: PLAZA DEL PADRÓ, dibujo de Arcadio Casanovas. — La linda fuente y plaza llamada *lo Padró* es uno de los recuerdos que del siglo pasado conserva la ciudad de los Condes, y que el Sr. Casanovas ha reproducido con toda fidelidad.

LA VIRGEN DE LAS MERCEDES, estatua de Sala, dibujo de P. Ross. — En estos momentos se inaugura esta preciosa y colosal estatua, que ha de coronar la cúpula de la iglesia de la Merced, reformada por el distinguido arquitecto D. Juan Martorell. — El joven y celebrado escultor Sala modeló el boceto de la Madre de Dios de una manera tan agradable como severa. La Virgen está en actitud de proteger la ciudad; y el niño Jesús, sonriendo en los brazos de su Madre, la envía su bendición. El templo de la Merced va á contar en las fiestas de la coronación con esta grandiosa estatua, digno remate del templo consagrado á la excelsa patrona de Cataluña.

CERCANÍAS DE MANRESA, por A. Solá. — Las carteras de viaje de este artista contienen edificios y paisajes tan sueltos é interesantes como éste, que, aunque no den á conocer por completo la ciudad de Manresa, á que tanta celebridad dió San Ignacio de Loyola, sirven para conocerla en sus detalles.

LA DÉCADA

TORDESILLAS está en Barcelona y desde la condal ciudad saluda á sus lectores decenales, transmitiéndoles á vuela pluma sus impresiones, difíciles de



TARRAGONA, CASA ÁRABE, POR P. M. BERTRÁN.

coordinar por lo diversas y repetidas. Vine aquí para esparcimiento del ánimo y descanso de fatigas: lo primero fácilmente se consigue; lo segundo téngolo por imposible. En pueblo cuyo signo más característico es la actividad febril, vertiginosa, no hay medio de reposo. Así que se pone el pie en su famosa Rambla ó Ramblas eslabonadas, se comprende, se adivina el carácter de los hijos de esta privilegiada región española: aquí todo vive y palpita, ya en la esfera del trabajo, de la industria ó de la colectividad, entregada por hábito al movimiento que producen el comercio, los negocios, las empresas, la agricultura, el arte; la vida explotada y provechosa como en los pueblos que andan. La voluntad, el brazo, la imaginación, el espíritu mercantil no descansan un instante: todo cuanto tiende á realizar un fin beneficioso, útil al individuo, honroso para la patria catalana, grande para la patria común, pues los regionalistas radicales son menos que los españoles, está aquí logrado y resuelto con ejemplar perseverancia. De las asperezas del carácter catalán se ha hablado mucho; hay que decir, en desagravio de la verdad, que la corteza ruda de estos hombres se suaviza así que se ahonda. Parecen indiferentes, abstraídos en su labor, desdeñosos del que con ellos se comunica, apartados del trato y fáciles para el contrato; pero cuando entran en posesión de afecto y confianza son expansivos, serviciales y amigos verdaderos. Sus conexiones se han hecho tan íntimas, han extendido tanto su acción, que los pueblos

todos del contiguo reino se consideran hermanos, y los próximos á Barcelona están á punto ya de ser, no digo atraídos, sino por completo absorbidos, formándose una población que no bajará de 500.000 habitantes, frecuentada, unida estrechamente por un sinnúmero de vías, de caminos de hierro y de toda suerte de medios de locomoción. El radio de la capital no tiene ya límites; las obras de ensanche han abierto grandes arterias, por las que afluye un pueblo ávido de esparcirse y de crecer. Además de la Rambla, paso central de donde parten las calles de la antigua ciudad, están la Gran Vía, paseos de Gracia y de Colón, salón y paseo de San Juan, paseo de Isabel II, las Rondas y sus comunicaciones, del ensanche, el radio de circunvalación y el puerto. Gracia y San Martín son por sí dos pueblos importantísimos, y relativamente lo son Sans, San Gervasio, Sarriá y San Andrés del Palomar, sin excluir la Barceloneta, cuya extensión constituye otro pueblo tan extenso y habitado como los otros. Aquí hay plazas magníficas, en las que se ostentan monumentos tan bellos como los dedicados á Colón, Güell, López y Marquet; el suntuoso parque, con la estatua ecuestre de Prim, y la cascada, sitio ameno que recuerda el Retiro; fuentes escultóricas, como la de la plaza de Palacio; numerosos edificios civiles que admira el viajero, y templos que engrandecen nuestra arqueología cristiana. La Catedral, con sus esbeltas y sencillas naves, en que resalta la pureza de líneas; con sus pórticos y claustros; con la cripta de Santa Eulalia. Los preciosos templos góticos de Santa María del Mar y Santa María del Pino; el moderno de las Salesas, gótico florido, obra del arquitecto Martorell; San Pablo del Campo, con su portada bizantina, y otros muchos, como Nuestra Señora de Belén, modelo barroco, pero rico en mármoles. Y fuera de esto, que sin notas y á la memoria apunto, mucho más, que en otra ocasión detallaré.

* *

La Exposición internacional es un esfuerzo gigantesco, que aprecia todo el que la ve. No sólo el Palacio de la Industria, en su exterior de aspecto algo vulgar, y que en sus inmensas salas resume la representación del trabajo en las naciones más florecientes del mundo, sino los de Ciencias, Bellas Artes y Máquinas, seducen por el arte de las instalaciones, ricas ó caprichosas, sobresaliendo Cataluña, que exhibe sus mejores productos, como es natural. Mucho hay allí que ofrece muestra elocuente de los adelantos de nuestro país; mucho que estaba ya al alcance de la vista; poco que abra nuevos horizontes á la manufactura, á la maquinaria y artes mecánicas. La Exposición flaquea en punto á esos progresos desconocidos, que determinan un paso decisivo en la historia de la actividad humana. Bástanos en este atrevido intento nivelarnos, no desmerecer de las naciones que concurren á la Exposición. Fija mi atención en el Palacio de Bellas Artes, porque de los otros se ocupa nuestro diligente y autorizado colaborador Sr. de Palau, advierto, por el contrario de la Sección industrial, que el recinto no corresponde al objeto. Las salas de pintura carecen de espacio y de luz; las de escultura son también mezquinas, y el salón de música no cuenta con las necesarias condiciones acústicas. Cuadros que tanto éxito alcanzaron en Madrid; que son joyas valiosas del arte; *Hamlet*, de Barbudo; *Los amantes de Teruel*, de Muñoz Degraín; *Doña Inés de Castro*, de Martínez Cubells; *La muerte de Lucano*, de Carnelo; *Horatia*, de Reina, y otros famosos como ellos no están bien colocados, sin duda por falta de local. Y lo mismo sucede con los que se exhiben por primera vez: la celebrada obra de Barrau, que nuestra *Revista* fué la primera en dar á conocer; otra de Echeda, notabilísima en su lado

derecho y débil en cuanto á su parte principal, la figura de Jesús, que carece de sentimiento; se hallan envueltas en sombras que recargan sus tonos oscuros. En lo demás, allí hay obras de efecto unas y de concepto otras, que no traspasan el límite de la medianía, resultando de la comparación que con las salas extranjeras se establece una visible superioridad, que denota nuestro influjo en el desarrollo del arte contemporáneo. Abundan nuestras bellas minucias, cuadros de salón, pintura decorativa. Las que podremos llamar *doloras*, del célebre paisajista Urgell; tres paisajes de José Massrera, que encantan por su delicadeza y sencillez; un primoroso cuadro, aunque algo recargado de oscuro, de Serra, que representa unas ruinas romanas; *Entierro en la montaña*, de Masco; *Procesión*, de Mas y Fontdevila; las fáciles y atractivas acuarelas de Fabres; *Salida del baile*, de Román Ribera, que es todo un Meissonier; dos Santos muy notables, de Villodas y Marqués; cuatro figuras en la playa, de Baixeras; otro lienzo efectista y ajustado al natural, de Galofre; un *San Antonio*, que desde luego anuncia el privilegiado pincel de Vicente Palmaroli; el cuadro *Fotografías*, de Ferrer y Mir, y, por último, retratos: *Un marino de Cuba* (cuerpo entero), verdadera maravilla de ejecución, y otro tanto puede decirse de otro de Enrique Mérida; dos bustos de Francisco Massrera, tipos propios de su elegante y poético pincel, y otro del General Blanco, que lleva la firma del idealista Cusachs. En la sección francesa hay poco que escoger, si se exceptúa Durán, en el retrato de la Sra. Rattazzi, que sobresale por el acierto en el modelado, más que por el color; las demás firmas son de autores de poca resonancia. El *San Julián hospitalario*, de Dawart, es obra de mérito; y además hay que citar; desnudo de mujer, Maillart; otra mujer con un libro, Bemury Saurel, y una caterva de telas, tablas y lindezas, que acreditarían cualquier establecimiento de tirolés. En escultura hállanse confundidos nacionales y extranjeros. Descuellan varias esculturas naturalistas de Ghiloni; el *Berenguer*, en bronce, de Carcassó; los finísimos caprichos de Susillo; una figura, *Desolacione*, de Buzzi; varias de Valmitjana, ya conocidas, y tres preciosos borrachos, en bronce, de Beoni, grupo que justamente llama la atención. Algo se me quedará en el tintero, pero seguramente no será nada de aquello que desde luego fija la atención. En el Palacio de Bellas Artes hay otras secciones importantes: la arqueológica, que es la más digna de atención y estudio, y la de la casa real. Las dos serán objeto preferente de mi década próxima.

* *

El conjunto de la Exposición, sus anexos y dependencias, para una visita razonada y detenida exigirían un par de meses y no exagero. Lástima es que el turbión de viajeros, caído estos días en la culta Barcelona, tome el gran certamen como una serie prolongada de bazares comerciales ó, en su parte exterior, como espectáculo. La mayoría de las gentes vienen á divertirse y á gozar de este clima semitropical. Los mecanismos á diez céntimos, precio fijo, parecidos en su forma á los aparatos de pesar colocados en los paseos públicos de Madrid, regalan sorpresas, fotografías; otros sirven para electrizar, para medir las fuerzas y hasta para perfumar el pañuelo. En esto, panoramas, conciertos realistas (quiero decir de á real), fieras, montañas rusas ó polacas y otros atractivos populares, hay excesiva variedad, y, sobre todos, atrae el globo cautivo, que empieza á subir y bajar á las tres de la tarde y descansa á las doce de la noche, de lo cual se deduce que no escasean los aficionados á impresiones.

Terminados los congresos jurídico y médico, empieza el de arquitectos: pocos días ha se celebró otro congreso, ó cosa así, de libre-pensadores, que

pasó como función de pólvora y de bengala. Un orador dijo «que Barcelona es el pueblo menos católico de España;» afirmación contra la cual se levantan miles de catalanes protestando de la calumnia. No puede ser descreído un pueblo que celebraba ayer, con cristiano fervor, la fiesta de la Virgen de la *Bona nova*, que se venera en San Gervasio y puede decirse que es otra Virgen de Lourdes por los ex-votos, que llenan varias salas inmediatas al templo y los bosques de velas de cera que arden siempre en sus gradas; no puede dejar de ser verdadero católico el pueblo de la Virgen de las Mercedes y de la Madre de Montserrat.

Fordesillas

Barcelona 18 de Septiembre.

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR EL CONDE DE LA VIÑAZA

Notas, ordenadas en forma de Diccionario, sobre más de 400 artistas no citados por Ceán Bermúdez, ni por Llaguno.

ADVERTENCIA

POR espacio de más de tres siglos las miradas de filósofos, historiadores y artistas han estado fijadas únicamente en los tiempos de Pericles y de Augusto, juzgando con ciega tenacidad, cual cosa indigna de su atención, todo lo que caía fuera de aquellos dorados períodos. Pero este siglo XIX en que vivimos, fervorosísimo de la investigación, ha desenterrado del polvo de los archivos y bibliotecas innumerables pergaminos y manuscritos para depurar los hechos de la Edad Media, tan menospreciados antes, y ha puesto todo su cuidado en la conservación y examen de las fábricas y restos arquitectónicos que de aquellas fechas han llegado hasta nosotros, de las ignoradas y preciosas tablas existentes en los claustros y capillas de los monasterios, de las estatuas majestuosas de las urnas cinerarias y demás ejemplares de la escultura de entonces, abriendo de esta suerte, á la ciencia y al arte un nuevo mundo de maravillas.

Este convencimiento de que la Edad Media ofrecía vastos y halagüeños horizontes para que las inteligencias consagrasen sus vigilias y esfuerzos, ha sido causa de que los estudios arqueológicos y artísticos, tocantes á dicha época, hayan dado, en lo que va de siglo, pasos tan gigantescos en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, que asombrarían á nuestros antepasados, que desdeñaban por bárbara la más gloriosa edad de nuestra historia, los resultados que palpitan en las producciones de los críticos y eruditos contemporáneos.

No han sido nuevos, sin embargo, para España estos adelantos científicos, puesto que el ínclito monarca Don Alonso V de Aragón iniciaba y protegía en el siglo XV los estudios de las antigüedades; mas como la decadencia ó retroceso que en este punto sufrió Europa alcanzó también á nuestra península, hemos seguido con gloria, en el moderno despertar, la dirección iniciada en aquellos países á las investigaciones de que tratamos, á pesar de que oprimía nuestro corazón y conturbaba nuestro cerebro la pesadumbre de los inmensos infortunios de la patria, sumida en los horrores de la anarquía. Por esto hacía ciertamente grande falta en España la afición á tales estudios, para poner coto á la ignorancia y á la incuria, á la rapiña y á la salvaje mano devastadora, que, más implacables que el tiempo, destruían sin piedad los restos venerables de artísticas preciosidades, escapadas al furor del



incendio y de la demolición en nuestras guerras, motines, revoluciones y discordias civiles.

En esta honrosa empresa tiene, por derecho propio, el puesto de honor en la península ibérica D. Valentín Carderera y Solano, quien consagró su vida al culto de los grandes ideales artísticos, para esclarecer los períodos menos estudiados de los anales de las artes españolas, ya con su pincel ó su lápiz, ya con sazonadas y eruditísimas monografías. Fruto de sus viajes por Aragón, Cataluña y Castilla, después de los que hubo verificado por Italia, fueron sus cien carteras de trasuntos de monumentos arquitectónicos¹, en las que iglesias, monasterios, claustros, retablos, panteones, castillos, murallas, palacios, ruinas, edificios de todo género y hasta obras de pintura y escultura, cuya memoria hubiera acabado para siempre, si la mano del ilustre arqueólogo oscense no hubiese reproducido todos esos prodigios artísticos. No menos fecundos que aquellos viajes fueron los constantes estudios que hizo Carderera en selectos libros de arte y de historia, por él recogidos ó consultados en las públicas bibliotecas, y las visitas que verificó á los archivos nacionales, según lo comprueban la *Historia de la Pintura en Aragón* ó sea el Prólogo á la edición segunda de los *Discursos practicables de Jusepe Martines* y la *Memoria sobre el retrato, traje y escudo de armas de Cristóbal Colón*, impresa en el tomo VIII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*; el *Ensayo sobre los monumentos, sepulcros y panteones reales de España*; unos apuntes sobre el lujo y la indumentaria de la corte durante la dinastía austriaca², y, sobre todo, la clásica y monumental *Iconografía Española*, escrita en dos lenguas, obra de sin igual erudición artística, histórica, arqueológica, biográfica, genealógica, sagrada y profana, que constituye la gloriosa inicial de tales investigaciones en nuestra patria. Con ella mostró el ilustre hijo de Huesca, mejor que nunca, sus reflexivos entusiasmos por la desconocida y calumniada Edad Media é hizo patente que, en este período trabajoso pero fecundísimo, las obras de su arte severo y expresivo nos revelan muchos de los arcanos de aquella civilización, hasta nuestros días ignorados; con ella puso el nombre español á la altura de los que, como De Caumont, Didron, Champollion, Lenoir, Letronne, Raul Rochette, en Francia; Cattaneo, Fea, Malaspina, Rossi, Vermignoli, en Italia; Otfried Müller y Bœttiger, en Alemania, y Bœck, Britton, Kosegarten y Ottley, en Inglaterra, habían enderezado los esfuerzos de su inteligencia á tratar notablemente de la historia y de las artes de los tiempos medios; y con ella, y con la inédita *Colección de noticias, documentos y estudios para la historia del grabado en España* y de muchas papeletas sobre artistas que ni Cean ni Llaguno habían conocido, nutrió y avigoró el académico aragonés las aficiones que en España mostraban, hacia la clase de tareas á que él dedicó su actividad y sus amores, talentos esclarecidos.

No hay duda que el nombre de Carderera se recordará con respeto siempre que se trate de la Edad Media en España; y para nosotros era ahora un deber haberle consagrado nuestra atención, tanto porque nos hemos aprovechado de muchas noticias que él atesoró y dejó inéditas, cuanto porque había concebido la idea de adicionar el Cean, que hoy llevamos nosotros á efecto, siquiera sea de una manera tan imperfecta y rudimentaria.

¹ Existen en la Real Academia de San Fernando, por legado que hizo el autor.

² Ambas obras están inéditas. Muchas de las noticias y observaciones crítico-históricas que se hallan en la primera de aquéllas constituyen una curiosísima *Reseña histórico-artística de los monumentos sepulcrales de España en diversas épocas*, que en Abril de 1844 leyó Carderera ante la Academia de la Historia, al ocupar su puesto de individuo supernumerario. Cuando solicitó en 1847 su ingreso en aquel Cuerpo, justificó su aspiración con un notabilísimo *Ensayo histórico sobre retratos de hombres célebres*.

Decíamos antes que algunos escritores habían seguido entre nosotros las huellas del autor de la *Iconografía Española*. En efecto, por lo que á las Bellas Artes y á sus profesores se refiere, los Madrazo, Pí-ferrer, Caveda, Furió, Guerra, P. Fita, Oliver, Riaño, Zarco del Valle, Quadrado, Tubino, Puiggari y otros publicistas distinguidos han consignado noticias muy curiosas y juicios llenos de novedad y elegancia en monografías arqueológicas, en discursos académicos, en colecciones de documentos.

Pero como la materia es vastísima y por espacio de 300 años ha estado virgen é intacta, y como lo que nos han dicho aquellos escritores existe por incidencia en obras de diversa índole á las de Llaguno y Cean, se hace preciso hallar y coordinar lo que está esparcido en ellas y completarlo con lo que se ha podido encontrar en nuestros archivos, particularmente en los de la Corona de Aragón y de la Cámara de Comptos de Navarra.

Mero ensayo, de lo que pudiera ser un libro sobre este asunto, son las presentes páginas en las que ofrecemos algunos datos interesantes entresacados de la lectura de libros y papeles sueltos, antiguos y modernos, ya impresos, ya inéditos, juntamente con otros que proceden de archivos públicos y particulares, y, en especial, de los ya citados, en donde amigos bondadosos nos han guiado en la ardua y difícil tarea de encontrar noticias acerca de pintores, escultores, arquitectos y otros artistas en documentos de bien distinto carácter, clasificados ora por fechas, ora por su contexto político ó diplomático.

Presentamos, pues, estos apuntes sobre *Profesores de las Bellas Artes en España durante la Edad Media*, ordenados por el *a b c* y seguidos de tablas cronológicas y geográficas, con el solo propósito de adicionar el *Diccionario de Cean Bermúdez* (quien fué asimismo de los que desdeñaron aquellos períodos y supo además muy poco de artistas de la Corona de Aragón) y de que estas notas constituyan un volumen preliminar, primero ó complementario del que á la vez publicamos en Barcelona intitulado: *Adiciones á los siglos XVI, XVII y XVIII del Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España, por D. Juan Agustín Cean Bermúdez*.

¡Quiera Dios que algún día, después de haber perfeccionado y aumentado la colección de materiales que hoy se imprimen, podamos intentar escribir la brillante y gloriosísima *Historia de las Bellas Artes españolas de los tiempos medios*! Para ello le pedimos que nos dé las fuerzas intelectuales que nos sean necesarias, ya que es grande nuestro amor y entusiasmo por las obras que inventa y anima el genio creador de la belleza artística.

(Continuará.)

EL VERANEO



UEDEN darse por terminadas las expediciones veraniegas, y Madrid comienza á recobrar su aspecto ordinario, no el aspecto de una ciudad que marcha á la cabeza de los pueblos laboriosos é industriales, sino el de una alegre y regocijada villa que marcha á la cabeza de todas las diversiones.

Las familias vuelven á bandadas de los extremos más frescos de la Península. Los establecimientos balnearios se quedan desiertos; las playas donde se confundía el bullicio de la multitud con el sordo rumor del oleaje no repetirán otros ecos que los del viento huracanado, que, embraveciendo las aguas, las estrellará contra las rocas. Las calles de San Sebastián, Santander, Gijón, Coruña y Vigo volverán á la soledad y al silencio de sus lluviosos inviernos, y todos los expedicionarios que llevaron

su animación y su dinero á esas graciosas ciudades de nuestras costas septentrionales se encontrarán de nuevo en los pasillos de nuestros teatros, en los salones de nuestros próceres, en las antecámaras de nuestros ministros y bajo las arboledas de nuestros paseos.

Pero ¿qué traen esas gentes al volver de sus expediciones veraniegas? ¿Se traen más salud, y, por consiguiente, harán que el año próximo disminuya la espantosa mortalidad que coloca á Madrid en primera línea entre las capitales de Europa que dan mayor contingente anual á la muerte? ¿Se traen más cultura, y harán, por lo tanto, que oigamos cada vez menor número de blasfemias en las calles, menos groserías, obscenidades y chistes tabernarios en las plazuelas y corrillos del pueblo soberano, y que veamos menos inmundicias en los escaparates de las librerías? ¿Se traen, en fin, más honradez, más laboriosidad, más grandeza y más adelanto á esta capital, que no es ni honrada, ni laboriosa, ni grande, ni sana, ni adelantada, ni culta?

Pues si no se han traído nada de esto y además resulta que vienen con el bolsillo exhausto, el humor negro y la salud no mucho más lozana que cuando se fueron, ¿á qué han ido y á qué han vuelto?

Positivamente no hay nada que perjudique tanto á Madrid como la moda del veraneo. Este pueblo, que no tiene más vida ni otra importancia que las que se derivan de su capitalidad, fenece en cuanto lo abandonan las clases elevadas y acomodadas, que son cabalmente las primeras que desfilan no bien se sienten los primeros ardores del estío.

Al llegar esa época, la vida mercantil, la vida literaria, la vida bursátil, la vida política, todo lo que da movimiento y engendra la riqueza ó el bienestar de cuantos viven de su trabajo y no de sus rentas, sufren tan gran decaimiento que no hay quien saque apenas de Madrid ni cinco céntimos de jugo. De aquí resulta que para Madrid el año sólo tiene nueve meses. Los tres restantes son un paréntesis, dentro del cual viven adormilados los madrileños que no han tenido la suerte de necesitar aguas sulfúreas, baños de mar ó aires de montaña.

Pero esta supresión de una parte del año para la vida de Madrid estaría perfectamente justificada si se recobrase en los nueve meses útiles y laborables que quedan desde Septiembre á Junio, es decir, si viésemos que el verano era una especie de día festivo anual con que restauráramos las fuerzas para emprender con nuevo ardor el trabajo de la semana.

Desgraciadamente no es esto lo que significa el veraneo de los habitantes de Madrid. Al contrario: es una continuación de las disipaciones del invierno; es un cambio de escenario para seguir representando la misma comedia; es mudanza de casa, pero no de costumbres.

Los tahures que infestan nuestros círculos políticos y de recreo establecen sus reales en las playas del Norte, y en derredor del tapete verde vuelven á reunirse los mismos que en la Carrera de San Jerónimo ó en la calle de Alcalá dejaban su piel ó arrancaban la ajena.

Los intrigantes, que no pueden llegar á ninguna parte sin colgarse de la oreja de cualquier jefe ó subjefto de partido, siguen irremisiblemente colgados de las mismas orejas, ya éstas se hundan en las movibles aguas del Cantábrico, ya reciban en pulverización las hediondas emanaciones de las de Santa Agueda ó Betelu.

Los que viven del préstamo ó la estafa, allá van, en pos de sus habituales víctimas, á ver si les sacan el duro postrero, ó como si dijéramos, la muela del juicio de su gaveta.

Las necias que ponen todo su corazón y todo su pensamiento en el último trapo que ha venido de París y en el gorro más estrambótico que ha inventado una bribona de boulevard, junto á las olas de

Océano continúan alardeando de su vanidad estúpida, ni más ni menos que en los jardines de Recoletos ó en el Paseo del Retiro.

¿Qué pueden traer estas gentes á Madrid cuando vuelven de sus expediciones veraniegas? Se marcharon carcomidas por el vicio y vuelven con la misma carcoma en los huesos, sin que el oxígeno de las montañas, ni el ambiente salino y iodado del mar haya fortalecido sus pulmones de corcho; sin que nuevas ideas hayan refrescado su espíritu, ni nobles y patrióticas resoluciones hayan mejorado su condición de ciudadanos españoles.

Lo que se hace en los días de fiesta, eso se hace en el verano; no descansar honestamente, sino disipar las horas en la crápula y gastar lo que no se tiene, fingiendo divertirse en medio del más insostenible aburrimiento.

Y sin embargo, el veraneo podría ser de grandísima utilidad moral y físicamente considerado, sobre todo para los habitantes de Madrid que estamos sujetos á la influencia de buen número de enfermedades, más comunes y más crueles aquí que en ningún otro punto de la Península. Desde el momento en que abandonásemos la zona de la capital, debíamos dejar todo hábito cortesano, en lo que tiene de molesto, para conservar únicamente aquello que tiene de culto.

Nuestros pulmones, nuestro corazón, todo nuestro organismo necesita el aire puro y oxigenado del campo. En el campo, y no en ciudad ninguna, es donde debíamos fijar nuestra residencia veraniega habitual; pero no llevando allí nuestros inútiles, fastuosos y carísimos despilfarros, sino el influjo de nuestra educación, el acopio de nuestra inteligencia y el ejemplo de nuestras buenas costumbres para enseñar á ese pueblo por quien tanto se desvelan, según dicen, algunos Mesías de club y parlamento, lo mucho que ignora y que necesita saber, si ha de ser verdaderamente libre, verdaderamente honrado y verdaderamente respetable. De este modo se verificaría un cambio de recíprocas ventajas entre el hombre de la corte y el hombre del campo. Aquel llevaría su cultura: éste daría su sobriedad y su robustez. El cortesano le curaría al campesino de su rusticidad y de su malicia; el campesino le curaría al cortesano de sus escrófulas y sus catarros. El primero enseñaría al segundo á estudiar en los libros, á ser limpio y á vivir con relativo decoro; el segundo enseñaría al primero á estudiar en la naturaleza, á no ser afeminado y á no confundir lo decoroso con lo superfluo.

Estos dos elementos fundamentales de toda civilización, el hijo de la ciudad y el hijo del campo, que hoy se miran como enemigos, acabarían por reconocerse como hermanos, y siendo esta fraternidad una de las aspiraciones más nobles y de más necesaria realización de nuestro tiempo, contribuir á lograrla es empresa patriótica y generosa, y de ninguna manera se contribuiría mejor que convirtiendo el veraneo de lujo en veraneo de campo.

Claro es que la vida de campo en España tiene muchos inconvenientes, empezando por la falta de seguridad personal y acabando por lo tosco, sucio é incómodo de las viviendas rústicas que no están hechas *ad hoc* para recreo de un rico propietario. Pero ambos defectos se corregirían desde el momento en que la activa y poderosa clase media, que es hoy la reina del mundo, marcarse resueltamente la tendencia de vivir en el campo una buena parte del año. Los Gobiernos que atienden, quieran que no, á aquello que enérgicamente les impone la opinión, atenderían de fijo á la seguridad personal de los campos, aunque tuvieran que desatender la de las ciudades, suponiendo que esté tan atendida como debiera. Y en cuanto á las construcciones rústicas, se las vería mejorar de día en día no bien se gastase en ellas lo que todos gastamos en llevar á leja-

nas playas el pernicioso ejemplo de nuestras vanidades ó de nuestras malas costumbres.

En Francia y en otros puntos del extranjero, la clase media es la que ha poblado el territorio nacional de casas de campo. Todo jefe de familia procura ahorrar, no para dar á préstamo con crecido interés ó para comprar papel del Estado como nuestros burgueses, sino para adquirir unas hectáreas de tierra y un *chalet* donde pasar largas temporadas respirando aires puros, viendo cielos anchos y despejados y viviendo en filial contacto con la madre naturaleza.

Compartir la vida entre la ciudad y el campo es una de las necesidades perentorias que tienen allí las familias bien acomodadas, sin perjuicio de tomar las aguas y los baños que reclamen sus dolencias; pero no convirtiendo este medicamento en pretexto para divertirse y lucir. Así se advierte en los balnearios de Francia, por ejemplo, que el número de concurrentes extranjeros suele ser mayor que el de los mismos franceses. Y no hay nada que decir de playas como Biarritz y San Juan de Luz, alimentadas y puestas de moda por la concurrencia española, y apenas visitadas por los habitantes de la Francia central.

Ya que tantas cosas imitamos del extranjero, en perjuicio nuestro, ¿por qué no imitar estotro que redundaría en beneficio de nuestra salud y en provecho de los campesinos y agricultores? En algunas provincias, precisamente las más adelantadas, la mayoría de las familias hacen esto que nosotros recomendamos, y como efecto natural y lógico se observa que allí los labriegos saben casi todos leer y escribir, visten con decencia, tienen sus casitas como tazas de plata y muestran en su lenguaje, en sus modales y en su trato que no en vano están en relación constante con los ricos propietarios, los grandes industriales y las personas más importantes de su tierra.

El resto de España podría gozar también de estas ventajas, si nuestros veraneantes quisieran. Pero ¿qué diría el mundo si supiese que la ilustre familia de Majaderano vegetaba en un modesto valle de la Alcarria, en vez de deslumbrar con sus galas á los paseantes de la Concha de San Sebastián?

¡Oh, vanidad, diremos imitando á Shakespeare: tú naciste en España!

VALENTÍN GÓMEZ.

EL ESPÍRITU DE ROSALES ¹

«Si el Señor me otorgara lo que yo le pidiese, no le pediría más sino que no disminuyese mi entusiasmo. El Entusiasmo es la vida, con él se soporta todo; hasta el amargo pan de la desgracia, comido con entusiasmo, debe parecer manjar de ángeles.»

(Pensamiento inédito de Rosales escrito por el gran artista en una cartera de bolsillo.)



El verdadero artista es un sér superior al resto de los hombres; posee facultades que en los demás no existen ó existen de un modo rudimentario, y aquellas facultades se coordinan en el alma del artista á una, por cierto sublime, cual es la *potencia creadora*, cima eminente de las fuerzas psíquicas de la humanidad, supremo alarde del poderío humano que parece, y es en verdad, un reflejo directo, una participación inmediata del Poder omnipotente, que es el Poder creador por excelencia. El artista es el único de los hombres que sabe pronunciar el *fiat lux*, y á su conjuro mágico *la luz se hace*, ya derramándose plácida ó brillantemente sobre el lienzo, ya brotando á raudales de armonía de las cuerdas del arpa ó de la

¹ Por exceso de original no pudo incluirse este artículo en el número próximo pasado.

misma garganta humana, ya encendiéndose misteriosamente en la inteligencia por la sabia combinación de las palabras y de las ideas. El entendimiento del artista es más perspicaz que el de los demás mortales, y mientras que éstos sólo alcanzan á penetrar en las sombras de lo desconocido siguiendo el trabajoso y monótono método discursivo, enlazando proposiciones con proposiciones y sacando lentamente consecuencias y más consecuencias, el artista de un vuelo llega á lo más escondido, y todo lo percibe, todo lo ve, todo lo comprende mediante una especie de adivinación reveladora de la esencia de las cosas y de las grandezas sobrenaturales de los conjuntos. Y así como Newton descubrió la ley universal de la gravitación de la materia, el verdadero artista tiene descubierta la ley universal de la gravitación moral, que es el amor, y en todo ve claramente aquello que lo hace amable, que es la belleza, y esta visión, reflejada en el teatro interior de su fantasía, produce allí espectáculos sorprendentes, de hermosura soberana, que tienen enajenada y suspensa la voluntad del artista y enamorado su corazón con amor más que humano; porque más que humano es el objeto que lo inspira, amor ferviente, de incomparables deliquios, que sólo se parece al amor sentido por los místicos á Dios, cuando Dios en premio de largos merecimientos y meditación continua se ha mostrado al místico; y aunque de lejos, también semejante al que sentirán los bienaventurados en el cielo en el pleno disfrute de la visión beatífica....

Visión beatífica es también la del artista; porque la belleza que se le revela en cuanto ve no es más que el reflejo divino en las cosas creadas.

Si el artista pudiera concretarse á esta contemplación interior, sería el más dichoso de los seres humanos; pasaría por este mundo abstraído, ensimismado en aquella visión y en aquel amor por la visión producido: insensible, indiferente á cuanto le rodease, las fugaces alegrías y los persistentes dolores de la vida se estrellarían á sus pies como las olas del mar en la roca viva que no logran salpicar de espuma el gentil torreón que sobre ella se levanta.

Pero no; el artista no puede gozar egoístamente de su visión, ni de su amor. Este, y aquí se advierte con claridad que el amor que él siente es amor divino, es por su esencia misma comunicativo; es amor de caridad que no conoce los celos, sino antes bien aspira á que los demás se inflamen en el amor que á él lo arrebató y enajena; es amor que no teme la concurrencia, porque su objeto es infinito, y lo que por el contrario apetece es que la muchedumbre, la humanidad entera, se encienda en los mismos ardores que lo abrasan á él, y que todos se vuelvan locos de amor por aquella belleza que á él le ha robado la calma y trastornado el juicio....

Y aquí empieza el martirio del artista. De vidente se ha convertido en apóstol. De solitario contemplador ha pasado á caballero andante de la hermosura, y corre por el mundo tratando de convencer á todos de que su Dulcinea es la más bella de las damas, y como para llevar á los demás este convencimiento no tiene otro medio sino el de mostrarles la hermosura de Dulcinea, empiezan aquí los trabajos para exteriorizar su visión interna, empieza aquí la imposible traducción de lo que no tiene traducción posible; empieza aquí, en suma, la *creación artística*, función humana la más sublime, pero también la más dolorosa de todas.

Toda obra artística supone un combate interior, una lucha trágica, reñida en el alma del artista entre la belleza ideal percibida claramente y la escasez, la carencia absoluta de medios para traducirla ó exteriorizarla. ¡Combate singular en que el artista cae siempre vencido; pero en que los frutos de su derrota son tales, tan espléndidos y soberanos, que no los alcanza iguales ni la misma victoria!

Las obras maestras, que significan otros tantos momentos de plenitud de los espíritus verdaderamente creadores, significan también otras tantas derrotas sufridas por esos espíritus en su lucha terrible contra las dificultades de la expresión. Por eso no hay obra maestra que haya satisfecho á su autor, ni es posible que ningún artista quede satisfecho de sí; la obra queda siempre muy inferior; no es más que un reflejo vago y descolorido de la espléndida visión interna de la hermosura ideal en que se inspiró el artista y que aspiró, aunque en balde, á traducir al lenguaje de los sonidos, de las líneas, de los colores ó de la palabra. La muchedumbre prorrumpe en himnos de alabanza; el artista se retira del caballete, del piano ó de la mesa de estudio, mustio, cabizbajo, vencido; aquello que aplaude el mundo, que los críticos ensalzan, que quizás venerará la posteridad, es para el artista un desengaño. ¡Oh! ¡Si él pudiera manifestar alguna vez lo que hay dentro de su alma! ¡Entonces sí que podrían aplaudirle con justicia.....!

Este combate interior, este contraste rudo y desesperante entre la belleza ideal y su expresión posible, amarga la vida del artista, y es una compensación dolorosísima de todos los halagos de la gloria terrena. Sentirse humillado cuando el mundo entero lo proclama á uno vencedor, es una prueba demasiado ruda y á la que resisten pocos.

Eduardo Rosales ha debido apurar este cáliz hasta las heces durante su corta y gloriosa carrera. Si ha existido en los tiempos modernos un artista digno de tal nombre, era él sin duda. En su alma la visión de la belleza ideal ha debido ser soberanamente espléndida. La historia y la naturaleza, la religión y la patria, estas grandes cosas de la vida, se habrán representado en aquella imaginación con una fuerza tal de poesía, con un lujo tal de colores, tan admirables, tan seductoros, que comprende uno perfectamente, suponiéndolo, cómo el gran artista pasara entre nosotros abstraído enteramente en la contemplación silenciosa de su ideal, enamorado de aquel rayo de divina hermosura que caía de lleno sobre su espíritu. ¡Oh! ¡Y á quién le hubiera sido dable asomarse, una vez siquiera, al fondo de aquel alma! ¡Allí hubiera visto en delicioso remolino de luces y colores, claros y distintos, con toda la magia vernal del primer brote creador, esos hijos de la fantasía de Rosales que aun reflejados en el lienzo conservan bastante hermosura para enajenar el corazón de los que los contemplan! ¡Allí hubiera visto á la pobre niña romana, llena de infantiles hechizos, contrastando con la grandeza histórica del César Carlos; allí la melancólica leyenda de Doña Blanca de Navarra y la graciosa figura del joven de Austria, predestinado á tan sublimes destinos; allí Lucrecia con su virtud pagana, con su trágica sublime actitud, evocando por la boca sangrienta de su herida el espectro de las revoluciones; allí la dulce silueta de Ofelia; allí los Evangelistas de proporciones épicas, de expresión mística, de poesía inefable, y allí, sobre todo, aquella mujer soberana que no tiene par en la historia, la reina, no de los tristes, sino de los grandes destinos, la que nos dió patria á los españoles, y un mundo nuevo al universo, y á Cristo millones de almas, y al arte una inspiración inagotable, Isabel la Católica, en una palabra, cuyo solo nombre anima el estilo más desmayado y cuyo rostro, expresivo como el arte de una belleza ideal que por beneficio divino fué real para nuestra patria, nadie acertó antes, ni acertará probablemente en lo futuro, á trasladar al lienzo como lo trasladó Eduardo Rosales! Y todo esto, por lo que podemos presumir, de lo que Rosales exteriorizó en sus lienzos, que su alma comprendía mucho más, y el gran artista sólo dió pequeñísimas muestras de su potencia creadora.

La lucha imposible y gloriosa con el ideal traba-

jó y entristeció la vida de Rosales. En el fondo de los recuerdos que conservamos de él, así como en todos sus admirables lienzos, hay siempre un matiz de tristeza, una como nota melancólica que no se escapa al observador perspicaz. Otros artistas, de temperamento menos resignado que el autor del *Testamento de Isabel la Católica*, vencidos también por el ideal, también humillados, se revuelven contra su vencedor, gritan, forcejean en vano, lo apostrofan como Cambronné á Wellington en la noche lúgubre de Waterlloo, y de aquí la sátira honda, cruel, despiadada, amarguísima que corre por los versos de Lucrecio, y por los de Héine, y por los de Leopardi como un licor corrosivo; de aquí quizás también la locura del Españolito. Eduardo Rosales no era de esos: era tan profundamente cristiano como artista, y sus ideas y sentimientos cristianos, al reflejarse sobre su dulce temperamento, tomaban ese tono de luz suave, armoniosa y triste, que es como el ambiente propio de la paciencia, de esa virtud tranquila que engendra la serenidad del espíritu y que casi transfigura al hombre que la profesa en ángel del cielo destinado por Dios á cumplir una misión sobre la tierra.

Rosales así era sin duda, y su alma nada tenía que temer de la desesperación: temía, sí, del desaliento. Por eso pedía al Señor que no le abandonase el entusiasmo, fuerza misteriosa que lo sostenía en pie, que ponía en su mano el pincel y la paleta á despecho de sus interiores desengaños y de sus dolencias físicas.....

Sin protección de los poderosos, luchando á brazo partido con todas las contrariedades de la suerte, solitario, propenso á la melancolía, mal servido por un cuerpo, endeble vaso de aquella alma privilegiada, Rosales anduvo desde Madrid á Roma y desde Roma á Madrid mantenido sólo por esa energía de su entusiasmo de artista que no era otra cosa sino el amor que le devoraba por la hermosura ideal y su ansia de traducirla al lenguaje de los colores.

Quizás nunca llegó esa lucha interior á revestir caracteres tan visibles, tan hondamente tristes, como cuando Eduardo Rosales pintó los dos Evangelistas, últimos alardes de su espíritu creador. El cuerpo del artista no era ya más que una ruina: treinta y seis años de vida habían destruido enteramente sus jugos vitales. Consumido por la cruel enfermedad, sólo su espíritu velaba en aquel casi cadáver; pero su espíritu gigante, sostenido por el entusiasmo, sacaba de la misma flaqueza corporal fuerzas extraordinarias para trazar en el lienzo los vigorosos contornos de las figuras bíblicas que había concebido en su mente. Nunca pudo contemplarse como entonces la batalla del espíritu con la materia, la energía psíquica chocando con la escasez de medios naturales. Aquel espíritu casi estaba ya libre de su cárcel corporal, y parecía que retardaba el adiós supremo para cumplir, antes de partir, la misión de fijar en el cuadro el rostro y cuerpo de los grandes Evangelistas. Los artistas idealizadores como Rosales sienten una preferencia marcada por los asuntos religiosos: sólo en ellos se explaya verdaderamente y se revela en toda su esplendidez el ideal. Rosales en los últimos días de su vida gozó las dulzuras sobrehumanas de estos asuntos, que son en el arte los que más arrastran á los hombres de su índole y aficiones.

Pero ¡á qué costa! Esos dos cuadros bien pudieran titularse *La agonía de un pintor*. A medida que el color iba encendiendo las mejillas de los dos Evangelistas, debilitábase el color de la vida en las mejillas del maestro Rosales. A medida que las figuras de aquellos dos hombres inspirados surgían en los lienzos más vigorosas, más atléticas, la figura del maestro Rosales se desmedraba, se caía á pedazos..... Parecía que la vida que iba por momentos

escapándose á Rosales se trasladaba rápidamente á su obra por una misteriosa transfusión de la sangre, de los nervios, de todos los componentes de su cuerpo. Y á la verdad, cuando hoy se contemplan los lienzos, no admira esto: lo que admira es que no se transfusionara también su espíritu.....

Llegó un instante en que el contraste entre el pintor y la obra fué tremendo. Cuando los Evangelistas gozaban ya de la plenitud de su vida inmortal, cuando habían acabado de absorber todo el jugo vital de Rosales, el gran pintor delante de sus cuadros era no más que un espectro de color cárdeno, una como fantasma que revoloteaba alrededor de aquello en que había dejado como en un testamento impreso su último acto de vida mortal.

Pocos días después, los Evangelistas eran saludados en el mundo del arte como ciudadanos que traían en la frente el signo de los más sublimes destinos, y el gran pintor había dejado de existir sobre la tierra. El artista y la obra se habían separado para siempre, y al separarse se habían despedido, la obra para la inmortalidad, el artista para la tumba, que es después de todo la inmortalidad verdadera.

Y quizás fuese aquí la primera vez que no experimentó Rosales el amargo desengaño que todo artista experimenta al concluir una obra maestra. Sus ojos, velados por la agonía, quizás no percibieron la inferioridad de la obra respecto al ideal concebido; y cuando despertase de aquel desmayo que llamamos muerte, su espíritu quedaría suspenso y arrobado ante los esplendores de aquella luz increada, de la cual, no ya sólo las obras maestras del arte, sino las visiones de los artistas, no son más que opacos, desmayados reflejos.

ANGEL SALCEDO.

LA FELICIDAD



¿QUÉ es la felicidad?

He aquí una pregunta difícil de contestar, porque la felicidad nadie puede definirla con exactitud. Por eso hemos visto analizarla y definirla de muchas maneras, sin que nadie haya podido fijar su verdadero sentido.

No creemos que nosotros vayamos más allá de donde han llegado los filósofos y moralistas que han consagrado sus estudios y vigiliadas á explicar esta dulcísima palabra llena de encantos que todos llevan en los labios y pocos ó ningunos en el corazón. La palabra felicidad es de esas que se deshacen al tocarla: por eso nunca ha podido calcularse su intensidad. Es una de esas palabras que nunca llegan á la realidad, y que, como el humo, desaparecen al primer soplo de viento: la felicidad todos la buscan y nadie la posee: es un tesoro escondido: algunos la consideran como un sarcasmo de la desgracia.

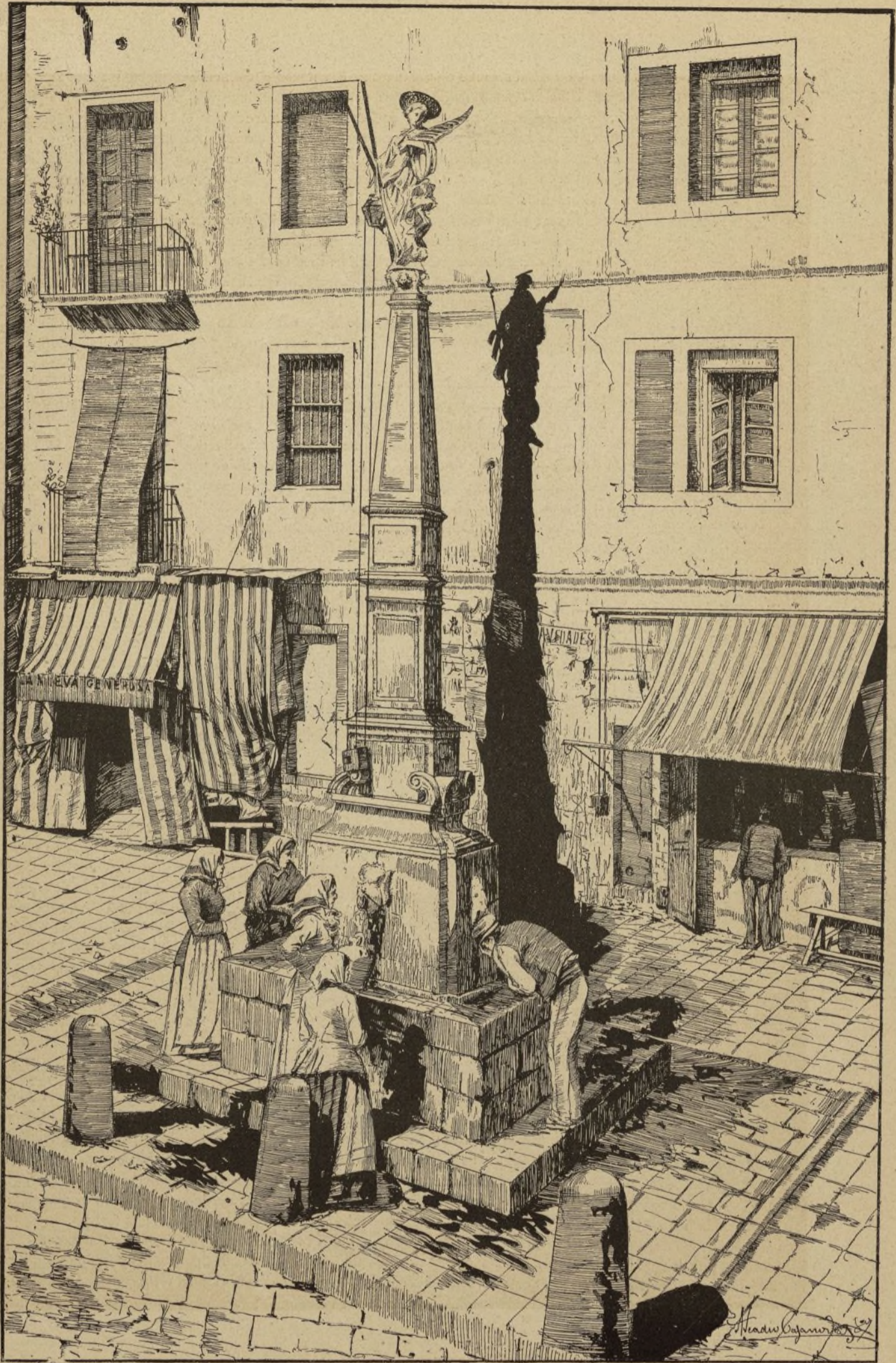
Un poeta ha dicho:

La felicidad dimana
de donde menos se piensa.

Es decir, que es una casualidad, un acaso, un misterio, que cuando se la persigue se esconde y aparece cuando menos se imagina: si esto fuera así, se asemejaría á la fortuna.

Una escritora contemporánea ha dicho: « la felicidad es el destello de la virtud. » Y hay algo de verdad en esto, porque la virtud es el principio y el fin de todas las grandezas humanas, la base de todas las venturas de la tierra, la perfección de las almas, y la felicidad perfecta no puede menos de ser una de las cualidades de la virtud, quizás por lo cual se dice que la verdadera felicidad consiste en hacer bien, y Santa Teresa que la felicidad está en el martirio.

Algunos opinan que la vida es tan corta que no



BARCELONA. — PLAZA DEL PADRÓ, DIBUJO DE ARCADIO CASANOVAS.



LA VIRGEN DE LAS MERCEDES. — ESTATUA DE SALA, DIBUJO DE P. ROSS.

deja espacio para que el hombre llegue á la felicidad. ¿Acaso ésta tiene un término prefijado? ¿Puede medirse el término y rapidez de la vida por ese sentimiento del alma? ¿Es preciso que la felicidad sea tan duradera como la vida? Recordamos que Chateaubriand dice que la felicidad es un fantasma, en cuyo caso podríamos conceptuar ésta como una sombra, una ilusión, un relámpago.

Por corta que sea la vida, véase cómo nos sobran días para ser desgraciados, según el autor de los *Mártires*.

No creemos que haya habido quien poniendo la mano sobre su conciencia, sin consultar los accidentes de su vida y sin volver la vista á las contrariedades encontradas en su camino, haya podido dar una definición positiva ni haya dicho la última palabra sobre la felicidad, porque si hemos de detenernos á lo que la experiencia enseña, la felicidad es relativa. Por eso tal vez en una zarzuela dice el gracioso cuando los amantes se van á casar:

Que felices son
los que lo son.

Y lleva razón: unos son felices cuando van á casarse y otros cuando tratan de descasarse. Averigüe cualquiera quién es aquí dichoso ni á quién favorecía la diosa Eudemia, como la llamaban los griegos cuando la hacían cómplice de sus festividades y deleites. Quevedo, aquel implacable enemigo del matrimonio, aquél que á todos los convertía en víctimas de sus sátiras, decía en un momento de buen humor que el hombre feliz era aquél que ni temía ni debía. Esta es una definición original de aquel portentoso genio; pero que no llena el objeto por el estrecho círculo que abraza. Si con no temer ni deber se conquistara la felicidad, los ricos y los valientes serían los hombres más felices de la tierra.

Oigamos lo que dice el Padre Estrella en su libro *Vanidad del mundo*. «No vivas demasiado en la felicidad mundana, porque tan grande es el peligro como fuera el peligro.» He aquí cómo el fraile navarro nos arrebató las ilusiones en un momento. Fray Luis de León, explicando el libro de Job, dice que en éste se pinta la felicidad de la tierra de una manera hermosa, puesto que figura un hombre á caballo sobre el aire, es decir, que la felicidad tiene por base el viento, por lo que es fácil venga á lo mejor á tierra y se estrelle el que se crea más feliz. Desconsoladora es la pintura que hace el libro de Job de la felicidad, y más triste, si cabe, la interpretación del gran poeta católico. También hemos leído en un poeta estos versos:

«No busques nunca en la tierra
la felicidad perdida.»

Pero el caso es que todos la buscamos y algunos creen encontrarla. ¿Y es felicidad? Saint Pierre ha dicho que el sepulcro es un monumento colocado sobre el límite de dos mundos: nosotros por eso creemos que la felicidad es una ilusión que flota entre la cuna y la tumba sobre el límite de la vida y la muerte.

Nadie sabe cuándo viene ni puede adivinar cuándo se va, que es lo que Cervantes dice de la fortuna, hermana gemela de la felicidad.

Por eso dicen algunos que ésta es un mito, y como tal la han adorado varios pueblos de la antigüedad.

No es posible poner de acuerdo á los autores en la significación de esa palabra; es más: algunos, como Chateaubriand, se contradicen ellos mismos. Dice éste que la felicidad es un fantasma, y luego asegura que la felicidad soberana se encierra en el amor. Gaboriasi asienta que para que éntre en una casa es preciso dejarle la puerta abierta; pero lo que es en Madrid seguramente entraría antes un ratero que la felicidad.

San Bernardo hacía consistir la felicidad en la po-

breza, por lo que no encontrando ésta en el cielo bajó á la tierra á buscarla; á pesar de eso Aureville encuentra una felicidad peculiar en la mujer, y cree que es la única que desea el amor. Véanse en estas opiniones qué distantes están los autores al apreciarla.

Si sumando nosotros todas las definiciones que se han hecho de ello nos diese por resultado su verdadero valor, haríamos un descubrimiento más interesante que los de Newton, Franklin ó Galileo; pero como esto lo conceptuamos imposible, renunciamos á la inmortalidad con bastante dolor de nuestro corazón y con la conciencia poco tranquila, por no haber resuelto una cuestión después de haberla planteado.

Decía Cicerón que la virtud que conduce al hombre al bien y lo aparta del mal es más antigua que los pueblos, y quizás tanto como los dioses, y por esto sin duda muchos han creído que la felicidad es la primera de las virtudes, porque es la que más se aparta de los males de la tierra, y la que más se acerca á las venturas celestiales. Pero esos hombres no han caído en que las virtudes se practican y la felicidad se disfruta: en tal caso ésta será una consecuencia de aquéllas.

Es indudable que los romanos la tuvieron por diosa cuando la erigieron un templo y la sentaron en un trono bajo la forma de reina, tal vez porque la encontraron demasiado grande y virtuosa para confundirla con los demás mortales ó porque creyeron que con el culto que la prodigaban la iban á tener de su parte, como si la felicidad fuese susceptible de seducción.

Otros pueblos antiguos colocaban su estatua sobre una columna de mármol cuando creían duraderos sus dones y la adornaban con diferentes atributos en consonancia con las prosperidades que la atribuían y con las venturas que representaba. Esto no pasaba de ser un culto adulator, igual al de los romanos, del que se prescinde hoy, convencidos de que la felicidad no viene cuando se la llama, sino que la gusta sorprender á aquél que cobija bajo sus doradas alas.

La civilización moderna, más positiva que esos antiguos visionarios, no sólo rechaza el poder de esas falsas divinidades, sino que no ha logrado formar un juicio exacto y uniforme sobre su aparición y su existencia.

Dos hombres grandes, ambos del siglo pasado, pero incrédulos, faltos de fe y desdichados por sus desenfrenos, la han definido de distinta manera: el impío Voltaire dice: «La felicidad nos espera siempre en algún sitio, á condición de que no vayamos á buscarla.» Y el libertino Byron exclama á su vez: «Nunca está el hombre más contento que el día que huye de la felicidad.»

¿Puede darse mayor divergencia de pensamientos?

Otro autor contemporáneo, renombrado novelista, á quien la Academia francesa acaba de abrir sus puertas, Julio Claretie, opina de distinto modo, haciendo consistir la felicidad en el olvido y el dinero.

Esta confusión de ideas es un verdadero laberinto en que la imaginación no encuentra salida.

Nada tan desconsolador como las palabras de Jorge Sand: «¿Quién puede alabarse, pregunta, de encerrar la felicidad en su hogar?» Nadie; se contesta: pero cómo ha de encontrarse en la tierra como no sea soñando, cuando Calderón ha dicho:

Que toda la vida es sueño
y los sueños sueños son.

Según la bellísima descripción de Selgas, el hombre la ve

En la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible,
en todas partes visible
y no la alcanza en ninguna.

Otro poeta cordobés, más explícito que Selgas pregunta:

¿Dónde estás, felicidad?

Y luego añade:

Tú estás en el Cielo, si:
sólo allí puedes hallarte:
¿Cómo es posible encontrarte
buscándote sólo aquí?

Filósofos y moralistas, poetas y escritores, han tratado de profundizar sus misteriosos arcanos, y nada han adelantado para salir de sus dudas; nada han conseguido respecto al conocimiento de su esencia, ni al desarrollo de su poder. La felicidad sigue siendo una diosa loca, en concepto de muchos, que busca al que no la echa de menos y se niega al que la necesita; un escritor ha dicho que la felicidad es el sueño de la desgracia, y el mismo Proudhon cree que está en el alma del hombre religioso; nosotros nos atreveríamos á opinar que es relativa, que el que la posee la cree bastante para el bienestar de su vida, y el que la desea duda de alcanzarla entera; pero en esta opinión nos sale al encuentro nuestro querido amigo Salvany, que nos dice: «La felicidad es luz del cielo y dura lo que un relámpago en este bajo mundo.» En esta vacilación, en esta perplejidad, en este vago discurrir sobre una cosa que nadie comprende ni determina, nosotros, ateniéndonos á lo dicho por San Juan de la Cruz, aceptamos su parecer y decimos como él: «Si está en el mundo, es del mundo; si está en el cielo, es del cielo.»

A. ALCALDE Y VALLADARES.

GRATITUD AL CIELO

Dicha es nacer: del limbo de la nada
Dios nos llama á la luz que irradia el día,
y en un mundo de encanto y poesía
nos da festín y espléndida morada.

Dicha es amar: la tierra iluminada
de astros, flores, belleza y armonía,
nos brinda en dulce copa la alegría
y una fiesta en el alma embelesada.

¿Qué más nos debe Dios? Si en mustias hojas
trueca el invierno la estación florida
y vienen tras las dichas las congojas,
bendice la piedad de nuestra suerte
que bajo el árbol mismo de la vida,
puso la fresca sombra de la muerte.

CARLOS A. SALAVERRY.

UN EPISODIO DEL SITIO DE TARRAGONA

I



RA á mediados de Junio de 1811, y la iniquidad francesa continuaba experimentando cuan árduo y difícil es domar y vencer la fiera española.

Seguía la guerra sangrienta con crueles alternativas de victorias y derrotas para españoles y franceses, llenando de muerte los pueblos, de desolación los campos, de miseria las ciudades, de sacrilegios los templos y de luto y dolor las familias. Guerra de represalias, de encuentros feroces en que la crueldad francesa espoleaba el temerario valor de todos los que manejar podían un arma, hallábase ya en aquel período intermedio en que los invasores, dudaban con razón, de llegar á ser los amos definitivos, los señores de un país que adora su independencia y que atacaron contra toda razón y derecho todo, por el sólo capricho de aquel coloso de principios de siglo, cuya memoria á pesar de ser tan

grande, se ahoga entre la sangre infinita que derramó, y los millones de hombres que sacrificó á su desmedido orgullo.

II

El pueblo de Tortosa, celebraba con regocijo la cobarde retirada de los franceses que le ocuparon durante más de un mes. Llamadas las tropas apresuradamente por el General Suchet que se aprestaba á sitiar á Tarragona, quedó Tortosa libre de aquella insoportable carga, de aquella infame tiranía, que no respetó hogares ni familias, sacerdotes ni seglares, casas ni templos, pues en todo dejó deshonra y luto, fuego y sangre, por más que todo esto fuera compensado con el hecho de que de quinientos dragones que entraron en Tortosa juntamente con unos seis mil soldados de línea, no salieron el día de la famosa retirada, más que cinco mil quinientos hombres; prueba evidente de que mil franceses quedaban muertos en los pozos de las huertas y otros escondrijos inventados por los tortosinos, en defensa casi siempre de su hacienda y de su honor.

Pero en fin; ya la población era libre. Ya podía regirse por sí misma y volver á organizar su correspondiente partida de voluntarios. Ya el culto católico volvería á las profanadas Iglesias. Y tanta dicha detrás de tantas amarguras como se sufrieron durante la estancia francesa, no podía menos de regocijar el alma de todo el mundo, animándole á festejar el acontecimiento. Discurría el pueblo por las calles, abríanse puertas y ventanas que no lo habían hecho en un mes, los sacerdotes transitaban libre y desembarazadamente por las plazas, los niños con el semblante alegre jugueteaban ante los portales de las casas, las tiendas (casi saqueadas por los Napoleónicos) tornaban á expender con sosiego sus géneros, volteábanse las campanas y escuchábanse cantares, turbando sólo aquella inundación de general alegría los sollozos de las viudas, los suspiros de las madres y las huérfanas que habían perdido á sus maridos, hijos ó padres en el sitio que precedió á la entrada de las tropas.

III

También era una excepción en tanto alborozo la intranquila manera con que Clarilla, una muchacha de quince años y de hermosura incomparable, liaba su pequeño ajuar de sirviente y se preparaba á partir.

Clarilla estaba sirviendo en casa del maestro de escuela, quien anciano ya y sin familia la profesaba un afecto que más que de amo complaciente era de padre cariñoso.

La causa de su determinación era el haber recibido D. Nicolás (el maestro) una carta de Tarragona, en que se decía lo siguiente:

« En el ataque que dió ayer á esta plaza el mariscal Marmout fué gravemente herida de un balazo la madre de Clarilla. Si ésta quiere recibir el último suspiro de su moribunda madre, que la llama á gritos, puede venir sin pérdida de tiempo, pues á pesar del cuidado y la prontitud con que ha sido atendida, se cree que no durará ni dos días. »

El maestro leyó la carta á Clara, no sin haberla preparado antes para la fatal noticia; la sostuvo en sus brazos para que no cayera al suelo con tan terrible impresión; la decidió y animó á ponerse en camino sin pérdida de tiempo; la ayudó en la pronta composición de su equipaje, y, alquilando dos mulas, se prestó á servirle de guía y defensor hasta donde pudiera.

El campo estaba talado. De trecho en trecho D. Nicolás y su afligida criada encontraban, ya la osamenta de un caballo, ya restos de un agujereado uniforme, un fusil abandonado, el rastro de un campamento, ó algún miembro humano, que sobresaliendo de un montecillo de tierra recién movida

delataba, al par que un pronunciado olor á muerto, el enterramiento hecho de cualquier manera á un infeliz soldado.

Pero la naturaleza trataba de borrar tan cruentas huellas, haciendo lucir un sol espléndido en medio de un cielo risueño y brillante como un mar de luz.

D. Nicolás hablaba mucho, deseoso de hacer olvidar á Clarilla el motivo infeliz de su viaje. Contábala historietas; referíala episodios de la guerra, y así, charlando y salvando precipicios, vericuetos y malos encuentros con franceses, traspusieron colinas y más colinas, atravesaron llanos, cruzaron caminos y sacaron todo el partido posible del medianillo andar de las dos mulas de alquiler, sobre las cuales, uno á horcajadas y otra á mujeriegas, iban respectivamente montados.

Ya cerca de Tarragona y después de varios accidentes enojosos de contar, tales como los descansos de las posadas, los interrogatorios á que eran sometidos por los jefes de patrulla y somatén catalanes y las precauciones que era menester tomar con las partidas francesas, comenzaron á notar que reinaba por los campos un desusado movimiento. De todos lados iban llegando gentes y víveres, acémilas y piezas gruesas de artillería de sitio, flotando sobre los cañones y los carros la maldecida bandera tricolor.

D. Nicolás comprendió que aquel apresto era para sitiar á Tarragona y espoleó su cabalgadura, dando un buen varetazo á las ancas de la en que iba montada Clarilla, por ver si conseguía llegar antes que el cerco se formalizase y costase un triunfo salvarle.

Pero al descender de un cerro, después de traspasar su más alta cumbre, D. Nicolás frunció el ceño, y tirando de las riendas á su mula, se estuvo parado un buen rato. Ante su vista se desarrollaba un imponente espectáculo. Las tropas francesas, acampadas casi junto á las murallas de Tarragona, comenzaban á ponerse en movimiento. Sonaban los tambores y las músicas, oíanse algunos tiros lejanos y á la media hora D. Nicolás y su acompañante tuvieron que echar pie á tierra y desesperar de entrar en la ciudad. La artillería francesa, ó mejor, cuarenta y cuatro cañones de gran calibre colocados en la tercera paralela de las que rodeaban á la histórica población, comenzaron á vomitar balas y más balas, tratando de batir á un tiempo mismo los fuertes de Canónigos, San Carlos y Real. Desde la plaza contestaban también con denodado brío, y la acción, convertida en ruda batalla, fué empeñadísima y sangrienta. Sólo cesó al llegar la noche, cuando tanto los sitiados como los sitiadores, quebrantados por un horrible fuego de catorce horas, dieron tregua á sus rencores, para reponerse de las infinitas pérdidas que mutuamente se habían causado.

IV

Clarilla no cesó de llorar en todo el día. Representábase á su moribunda madre, espirando sin el consuelo de abrazarla por la vez postrera, y recostada en el hombro de D. Nicolás gemía sin descanso, murmurando unas veces súplicas al cielo, oraciones por su madre otras, y las más, maldiciones tremendas para los invasores que tanto desastre producían.

Cuando la noche cerró por completo, Clarilla y D. Nicolás montaron en sus mulas y avanzaron hacia el campamento enemigo, que los separaba de Tarragona.

El primer centinela que hallaron les dió el quién vive, y como por no saber D. Nicolás el francés y el centinela ignorar el español no pudieron entenderse en un buen espacio, el centinela acordó coger aquellos dos prisioneros que tan de buena gana se le entregaban y marchar á ponerlos á la disposición del coronel Delort.

Clarilla llamaba la atención por su hermosura y

excitaba la compasión por el desconsolado llanto que derramaba sin cesar.

Puestos ella y el maestro á la presencia de Delort, que era un francés alto, fornido, de amplio y retorcido bigote, maneras bruscas y ni pizca de corazón, se echó Clarilla á sus pies y le dijo:

— Señor..... francés..... Como usted se llame....., le pido que me deje pasar..... Mi madre se muere y quiero abrazarla..... Déjeme entrar en Tarragona; se lo pido por Dios, por la Virgen, por su madre de usted.....

Y las lágrimas no la dejaron proseguir; pues cayó desfallecida al suelo.

Entonces y mientras algunos oficiales socorrian á la desmayada, más por gozar de la cercana vista de su hermosura que por caridad, el maestro le dijo á Delort:

— ¿No será posible que nos dejen pasar para entrar en Tarragona esta misma noche.....?

— No, señor, — le contestó Delort, que hablaba y entendía bastante bien el español.

— Le juramos á usted — siguió D. Nicolás — que no somos espías, ni llevamos cartas, ni dinero, ni auxilio de ningún género á los sitiados. La madre de esta muchacha está muriéndose, y siendo hija única desea darla el último beso antes de espirar.

— No es posible que pase nadie.....

— Pero.....

— ¡Repito que á nadie es permitido de pasar.....! ¡Aunque se le muera la familia entera.....!

— Sería un favor.....

— ¡Largo de aquí ya.....!

— ¡Por Dios.....! — exclamó suplicante D. Nicolás.

— ¡Qué Dios, ni qué.....! ¡Fuera de aquí!

D. Nicolás y Clarilla, arrojados de la tienda de Delort, que era aquella noche el jefe de la línea de vigilancia, vagaron un rato por el campamento.

Clarilla, por cuyas venas corría sangre hirviendo y muy española, decidió no llorar más y volverse para vengar la falta de alma de Delort matando cuantos franceses pudiera. Pero D. Nicolás tuvo otra idea mejor, y fué presentarse, después de vencer mil dificultades, al General en Jefe Suchet, quien conmovido más por los sollozos de la hermosa Clara que por la oratoria del maestro, dió un volante á la muchacha, en el que se ordenaba á Delort dejase traspasar la línea de los centinelas á la muchacha sola, permitiendo volver á Tortosa al vejete de D. Nicolás.

Presentóse de nuevo Clara al coronel Delort, y éste, al verla entrar otra vez en su tienda, montó en cólera, y con la misma mano que sostenía la baraja con que jugaba, dió tal y tan grande bofetada á la infeliz española, que la llenó la boca de sangre.

Clarilla, que iba loca de alegría pensando que iba á poder estrechar á su desgraciada madre, se enjugó los labios como pudo, y triunfante entregó á Delort el volante firmado por Suchet.

El francés leyó de una ojeada el papel, púsose rojo de cólera, frunció el ceño y dijo:

— Esto no será hasta que yo quiera..... ó sino vete.....

Y alzando la pata, pues pata era la pierna de tal hombre, completó la obra de la bofetada, empujando á Clarilla hacia la puerta con un tremendo puntapié.

El dolor inmenso que la pobrecilla sintió la hizo salir dando gritos. Pensó vengar su afrenta, volver á la tienda y escupir á la cara del malvado Delort; pero D. Nicolás la contuvo y despidiéndose de ella la dejó alejarse en medio de las sombras de la noche, buscando las avanzadas, para traspasarlas y entrando en Tarragona, lograr el fin de su viaje.

V

Al día siguiente, 21 de Junio, ordenó Suchet el comienzo de tres asaltos simultáneos, en las tres

brechas que abrió en los bastiones el fuego de artillería del día anterior. Tres columnas con todas sus reservas se lanzaron á la lucha, tomándose y perdiéndose los boquetes muchas y diversas veces por unos y otros. Apoderáronse los franceses del fuerte de Orleans, derramándose en seguida por el arrabal ó la ciudad baja. En momentos tan supremos, Velasco, que había reemplazado á Sarsfield en la defensa de Tarragona, se lanzó sobre las columnas de Napoleón con tal denuedo y empuje tanto, que las obligó á replegarse en las casas del arrabal, donde la lucha se convirtió en horrible carnicería cuerpo á cuerpo; llegaron refuerzos franceses y rechazaron á Velasco; los vecinos del arrabal fueron entonces pasados á cuchillo; la escuadra inglesa lanzaba andanadas de metralla desde los costados de sus buques; la lucha se hizo general, todos combatían, el estruendo era ensordecedor, el humo inmenso, las voces infinitas.... Al fin las balas francesas abrieron nueva brecha en el muro que defendía la ciudad alta; preséntanse en ella atrevidamente los españoles y con fuego nutridísimo destruyen los espaldones de las baterías enemigas, dando cuenta excelente de los artilleros que las sirven; los Generales Suchet, Habert, Ficatier y Montmarie, se lanzan á la deshecha muralla y empiezan seguidos de todo el ejército á trepar por cima de los escombros y bajo un diluvio de fuego; á muchos les detiene la metralla y á los que más valerosos y afortunados logran subir á la brecha les esperan los españoles armados de malos fusiles, hachas y picas. La reserva avanza también; caen soldados, se levantan, avanzan, retroceden, y á fuerza de número y de sacrificar hombres y más hombres, los franceses entran en Tarragona. Todo es ya desastre y desolación; sobre las gradas de la Catedral mueren á centenares los españoles; en el interior, donde había escondidas multitud de mujeres con sus hijos, penetran los dragones á caballo y no dejan ni un solo sér con vida.

Cuatro mil habitantes perecieron en aquella jornada y 8.000 fueron declarados prisioneros. Los franceses recogieron multitud de cañones, de proyectiles, de fusiles, 20 banderas, robaron las Iglesias, incendiaron las casas; pero perdieron cerca de 5.000 hombres....

Uno de los muertos en aquel furioso asalto fué el Coronel Delort.

VI

Ocho días después, estando D. Nicolás, el Maestro de Tortosa, oyendo leer muy tranquilamente los horrorosos detalles de la toma de Tarragona, recibió una carta que decía así:

« Mi querido Señor: Llegué á ésta; pero cuando llegué, ya no encontré á mi madre con vida. Había muerto tres horas antes. Dicen que me llamó muchas veces y que su último suspiro fué un sollozo por no poder abrazarme....

» La detención del franchute de Delort es lo que me ha privado del consuelo de besar á mi madre cuando aún vivía.

» Dios me ha vengado.

» En el asalto del día 21, estaba yo en un balcón, tras de ciertas tablas, ayudando á cargar unos fusiles que luego descargaba mi tío Roque matando más de 10 franceses, cuando ví al maldito Delort rodar al suelo por haberle herido mi tío su caballo. Quedó debajo del animal, aunque con la mitad del cuerpo fuera, y daba grandes voces pidiendo auxilio. Verle yo y echarme á la cara el fusil apuntándole al corazón fué todo uno.... Pero me acordé de lo que usted tantas veces me dijo sobre la venganza y resolví perdonarle por el amor de Dios. Solté el fusil que tenía entre mis manos y lo tiré á la calle. Al golpe se disparó él solo, y la bala fué á dar á Delort en mitad del pecho, dejándole sin vida. Dicen que le

atravesó el corazón, pero yo no lo creo, porque me parece que no lo tenía.

» Cuando pase un mes de la muerte de mi pobre madre, iré á su lado, á que continúe siendo lo que hasta ahora ha sido para mí.

» Suya, *Clarilla.* »

A. CÁNOVAS.

ANDAMIOS



E aquí un epígrafe que parecerá tal vez sobrado vulgar y prosaico para figurar en una Revista ilustrada.

¡Quién se ocupa de los andamios, ni qué poema ó ilustración cabe en cuatro toscos maderos destinados á sostener á los albañiles de una obra en construcción! Se necesita un andamiaje artístico de hierro, como el que ha figurado en la estatua de Colón recientemente inaugurada en Barcelona, obra del catalán Torras, verdadero y bello prodigio de un enrejado de puntales y barras esbeltas y elegantes, para que merezca ocupar la atención pública. A pesar de esto, la verdad es que sin andamios, más ó menos rústicos, no habría obras de arquitectura, ni esos palacios, esas catedrales, esas torres, que son como monumentos escritos en piedra para la admiración del mundo.

Pero no sólo merecen los andamios la consideración artística: hay en sus sencillas tablas algo más, que se presta á reflexiones de otro género más trascendental, porque afecta á la vida de seres humanos. Nos referimos al peligro en que se ven los pobres albañiles cuando trabajan á grandes alturas y sobre piso estrecho é inseguro. Que tales peligros no son imaginarios ni que el pensar en ellos sea una sensiblería extremada, lo demuestran con dolorosa elocuencia esos sueltos pavorosos en que los periódicos nos dan con frecuencia noticia de un operario caído del andamio y muerto ó inutilizado por resultas de la caída.

Comprendemos que en el progreso material y en el desenvolvimiento de la industria, cada vez más desarrollado y atrevido, apenas hay profesión ú oficio de este ramo que no ofrezca peligros. Los tiene el marino, que fía su vida al embate de las olas; el buzo, que baja al fondo de los mares; el minero, que trabaja en las profundidades de la tierra; el obrero de fábricas insalubres ó de máquinas, que destrozan al menor descuido de quien las maneja; y el maquinista de locomotora, que suele ser la primera víctima en choques y descarrilamientos de un tren, tan fáciles de ocurrir; pero en estos y otros casos semejantes el peligro es casi inevitable, y apenas hay precaución que garantice por completo la vida. No sucede así en los andamios: en ellos hay verdadero peligro, pero hay ó puede haber facilidad grande de evitarlo á muy poca costa. Todo se reduce á rodear de barandillas ó antepechos cuajados de tablas las que constituyen el piso del andamio.

Algunas veces se han dictado por la Autoridad disposiciones encaminadas á este fin, cuando el clamoreo de la prensa señala ese inhumano proceder de propietarios y arquitectos; y vigente creemos esté un acuerdo del Ayuntamiento de Madrid de fines de 1883, en que, entre otras cosas, se ordenaba la colocación de dichos antepechos; pero esa humanitaria disposición, si bien se cumple en algunas obras, como vemos con gusto en la del nuevo palacio del Banco de España, no tiene el mismo cumplimiento en otras edificaciones, especialmente si están en barrios retirados.

Es un espectáculo doloroso é imponente cuando vamos por las calles el ver á los albañiles colocados sobre una estrecha tabla, sin defensa alguna y á una

altura tal, que toda caída ha de ser golpe de muerte; y es más doloroso aún si se considera á cuán poca costa podría garantizarse de tan grande peligro la vida de esos pobres obreros.

Ese peligro es todavía mayor en las obras de revoque de fachadas, que parecen más sencillas sólo porque duran menos tiempo. En ellas el andamio lo componen simples tablas colgantes, quizás más estrechas que los pies de los operarios. Considérese qué fácil es, al andar por esas tablas, poner el pie en vago ó sufrir un pequeño vértigo que haga perder el equilibrio y la serenidad. Por mucha que sea la costumbre á que se ven obligados los albañiles, no son acróbatas que hacen de sus peligrosos equilibrios en el trapecio elevado el principal ejercicio y mérito de su atrevida profesión, ejercida además sólo un rato, y no todo el día, como sucede con el albañil.

Cuando suceden esas desgracias, el público, que tanto se ocupa y preocupa de la cogida de un torero en la plaza, suele dedicar generalmente escasa atención y pasajero sentimiento compasivo á esas líneas de los periódicos, intercaladas con otras de política, de modas ó de frivolidades, en que leemos: « Ayer cayo del andamio de la casa tal un albañil, » que fué recogido muerto ó moribundo. »

¡Ah! Fijémonos un momento en lo que es esa desgracia y en sus tristes consecuencias. El pobre albañil ha salido de su casa al amanecer para ir al trabajo: deja á su mujer y sus hijos que esperan verle á la noche y que cuentan con ese trabajo para su subsistencia; pero en vez de ver entrar al operario alegre y satisfecho, aunque cansado, le ven llegar conducido en una camilla, herido y sangriento, si es que no reciben la noticia de que está moribundo en una Casa de Socorro ó cadáver en el depósito del Hospital.

En tales casos, suponemos que se dará cuenta al Juzgado y que se instruirán diligencias para averiguar si hay en alguien responsabilidades penales de la desgracia; pero lo cierto es que generalmente se sobreesee, porque aparecerá sin duda que la desgracia ocurrió por accidente imprevisto ó por imprudencia temeraria de la víctima.

Lo que más contrista el ánimo á la vista de tales catástrofes es la facilidad que hay de evitarlas, y lo que más indigna es que tales facilidades no se establezcan por espontaneidad laudable de quien hace la obra ó por mandato de la autoridad, si esa buena espontaneidad no existe.

En toda construcción de edificio hay que considerar dos personalidades: el dueño que la costea y el arquitecto que la dirige. El primero tiene caudal, que no debe ser poco, porque las casas en Madrid lo exigen grande: el segundo tiene ciencia y arte para hacer la obra sólida y bella. ¿Será, pues, mucho exigir, de quien tanto puede gastar y gasta, que añada algunos pocos cientos de pesetas, que es lo que importará la colocación de los antepechos? ¿Y no es natural que el artista, que tanto se afana por la hermosura de su obra, evite en ella la fealdad moral que encierra el recuerdo de la muerte de alguno ó algunos albañiles, ocurrida porque el arquitecto, al cuidar de los detalles de esa belleza, descuidó los de la seguridad de los trabajadores que la ejecutan?

Entregamos estas sencillas reflexiones á la consideración de propietarios y arquitectos, y también á la Autoridad municipal, porque, ya que tan celosa intervención ejerce en los detalles de atirantado, altura, regularidad y demás condiciones que afectan al buen aspecto de las casas y á la comodidad de habitantes y transeúntes, justo es que atienda también á los peligros de muerte, que son más atendibles que todas las exigencias del ornato y de la policía urbana.

ANTONIO GUEROLA.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

Los Capuchinos han fundado una escuela de novicios en el valle del Baztán, y no contando para sostenerla con otros recursos que los de la caridad, han repartido entre los fieles una fervorosa circular, en la que recuerdan aquellas admirables palabras de San Francisco:

«Quien me diere una piedra para mi iglesia tendrá una recompensa; quien dos, doblada recompensa; quien tres, etcétera, etc.»

De tales palabras, siguen los buenos padres, se servía nuestro Seráfico Patriarca San Francisco para estimular la caridad de las personas buenas en favor de la iglesia de San Damián, restaurada por nuestro Santo con las limosnas que él mismo recogía. Ingenua idea por cierto y digna de la inspiración de un Santo, que podía decir como el Apóstol de las Gentes: *Señor, el celo de tu casa me devora*. Por eso la acogemos ahora nosotros como una inspiración del cielo. Nos hallamos en el mismo caso que nuestro ilustre Patriarca. *Estamos levantando al Señor una casa e iglesia donde hanse de formar nuestros misioneros para Ultramar y la Peninsula de nuestra España*. ¡Qué obra esta tan grandiosa á los ojos de Dios! ¡Qué obra tan simpática para los buenos! ¿A quién no interesará ver 200 niños escogidos de entre los más inocentes y puros, educándose con el mayor esmero para ejercer algún día el apostolado entre salvajes? ¡Ah! lo estamos palpablemente experimentando. Nuestra escuela seráfica de Motellano (Santander) es el encanto de cuantos van á visitarla. El orden, la disciplina y el fervor, juntamente con los asombrosos adelantos que hacen nuestros niños en las ciencias y en la virtud, arrebatan la admiración hasta de las personas más indiferentes. No nos toca á nosotros hacer su elogio, porque ya lo han hecho personas más distinguidas é imparciales por medio de la prensa. Ni queremos insistir más en recomendar una obra que se recomienda por sí misma por la bella índole de su naturaleza, por el interés general de la Religión y por lo beneficiosa que ha de ser á la patria.

Séanos, pues, permitido repetir las inspiradas palabras de nuestro Seráfico Padre, cuando pedía para la construcción de la iglesia de San Damián. Ea, católicos españoles, una limosna por amor de Dios para levantar su casa e iglesia en el Baztán: *el que nos dé una piedra, recibirá una recompensa; el que dos, doble recompensa; el que cien, cien recompensas*; pues el encargado de hacerlas es el mismo Dios, del cual dice la Sagrada Escritura *que es rico en misericordia y magnífico en sus recompensas*. Dad, pues, todos algo á Aquél que os ha dado antes á vosotros todo cuanto poseéis, y luego contad que con vuestra limosna redimiréis muchos de vuestros pecados, según consta en la Escritura Sagrada, y además tendréis el consuelo y satisfacción de haber contribuido á una obra santa y monumental que eternizará vuestro recuerdo en los anales de nuestra Religión capuchina, y que grabará vuestro nombre en el corazón de los misioneros Capuchinos. »

CRÓNICA

Los señores D. Antonio Alcalde Valladares y Don Francisco Pareja de Alarcón, nuestros distinguidos colaboradores, han sido premiados en certamen celebrado en Murcia, el primero por una magnífica oda á la Virgen de la Luz y el segundo por un precioso soneto al poeta D. José Zorrilla.

— El Arzobispo de París y los Obispos sufragá-

neos de la Archidiócesis han escrito á Su Santidad una carta de adhesión á la Encíclica *Libertas*. Lo mismo han hecho los Obispos portugueses.

— El ministerio de Fomento ha enviado á la mitra de Mondoñedo seis cuadros, dos de ellos de gran tamaño, que representan la cena de los apóstoles y el entierro de San Alberto.

— Su Eminencia el Cardenal Monescillo ha publicado una sentida pastoral, lamentándose de los crímenes que continuamente se cometen en Valencia y dando sabios consejos para evitar su repetición.

— Con protesta de los católicos, las Hermanas de la Caridad que dirijan en París el Asilo de huérfanos de San Luis han sido expulsadas. Hay que confiar en que vuelvan á llamarlas si hubiera alguna epidemia que amenace la vida de los laicos.

— Toda obra de arte importada en los Estados Unidos debe satisfacer á la aduana un derecho arancelario del 30 por 100 de su valor en venta. Esto ha hecho que varios artistas europeos se trasladan á aquel país con objeto de pintar allí sus cuadros, que destinan á la venta en los Estados de la Unión, eludiendo así el pago de derechos.

Un escritor norte-americano, censurando el poco amor al arte de que da pruebas aquel gobierno con la medida expresada, publica nota de lo que pagan las obras de arte á su entrada en otras naciones, demostrando que en ninguna se paga lo que en los Estados Unidos.

Según esos interesantes datos, resulta que las obras de arte de todas clases son consideradas absolutamente libres de derechos en Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Alemania, Grecia, Holanda, Italia, Suecia, Inglaterra, India, Nueva Gales de Sur y Victoria.

Véase ahora cuales son los países que ponen trabas al arte, según la nota en cuestión: Rusia percibe menos de medio por 100 sobre la estatuaria, pero admite libremente los cuadros al óleo y curiosidades artísticas.

China percibe 5 por 100 sobre las obras de arte destinadas á la venta.

Turquía carga previamente 8 por 100 sobre la estatuaria.

Portugal 5 por 100 sobre los cuadros; uno por 100 sobre la estatuaria.

España percibe una peseta por cuadro y algo más de uno por mil sobre la estatuaria.

Hawaii y Corea 10 por 100 *ad valorem*; Nueva Zelanda 15, y el Canadá 20 por 100.

Méjico un real por kilogramo de cuadros al óleo y treinta céntimos por kilo de estatuaria.

Honduras cobra 25 por 100 sobre toda clase de obras de arte.

Nicaragua percibe 12 por 100, San Salvador 5 por 100 y el Ecuador uno por 100 *ad valorem*.

Como se ve por lo que precede, nuestra nación, aunque en pequeña escala, figura entre las que el escritor yankee califica de poco amantes del arte.

— Ya está colocada la mayor parte de la cubierta de cinc que resguardará de la intemperie la parte del cimborrio y bóvedas contiguas hundidas en la Catedral de Sevilla.

La operación de desescombros está muy adelantada llegando á descubrirse la parte baja del pilar derruido, que ha quedado en pie, advirtiéndose que mientras la parte alta derruida está formada por dura y consistente piedra, la base lo está de mezclas tan flojas, que, ya por descomposición en el largo tiempo que llevan de existencia ó por otras causas, al menor esfuerzo quedan desmoronadas.

— Se indica para la silla metropolitana de Tarra-

— Los terrenos y edificios del antiguo colegio de Valldemia, en Mataró, han pasado á la Congregación religiosa de los Maristas, quienes abrirán allí un nuevo centro de instrucción.

— Pronto se establecerá una numerosa Comunidad de Escolapios en el Monasterio de San Pedro de Cardeña.

— Se están haciendo los trabajos necesarios para fundar en Palma de Mallorca un noviciado y centro de estudios de preparación para ejercitar en Filipinas el sagrado ministerio por Religiosos Agustinos.

— Datos sobre el peso de las campanas más notables de Europa:

La de la Catedral de Moscou pesa 160.000 libras; la de Londres, 84.000; la de Ruan, 53.000; la de Toledo, 30.000; la de Sevilla, 20.000; la de Oxford, 17.000; y la de San Pedro en Roma, 18.000.

NOTAS SUELTAS

LA ALMUDENA

Cuenta la tradición que, al acercarse los moros á Madrid en el siglo VIII de la era cristiana, los cristianos habitantes en la antigua *Majoritum* ó *Majerit*, que así dicen los eruditos se llamó la capital de España en tiempos remotos, temerosos de que los sarracenos profanasen las imágenes sagradas, condujeron en procesión una escultura de la Virgen María al cubo de la muralla existente cerca del Almdit, ó depósito de trigo, donde la colocaron entre dos velas de cera encendidas, tapiando cuidadosamente el cubo, para que no dieran con el sagrado depósito los musulmanes.

Conquistado Madrid por las huestes agarenas, permaneció oculta la madrileña Virgen 300 años, hasta que en el siglo XI Alfonso VI cercó á Madrid, sentando sus reales en las inmediaciones de la puerta de Guadalajara, ofreciendo buscar á la Virgen escondida, hasta encontrarla, y colocarla decorosamente en cristiano templo.

Pronto el guerrero monarca se apoderó del arrabal de San Ginés, habitado por cristianos, haciéndose dueño de la Villa.

Agradecido el Rey á la ayuda que el cielo le prestara en la conquista de Madrid, de acuerdo con los prelados, ordenó lucida procesión que, recorriendo la población, al pasar frente al cubo supradicho, se detuvo casualmente.

En el momento mismo en que los fieles cantaban la letanía, cayó una parte del cubo que contenía la sagrada escultura, apareciendo la Virgen iluminada por dos velas á derecha é izquierda.

Jubilosos el rey y el pueblo por tan feliz hallazgo, prorrumpieron en exclamaciones de alegría, condujeron á la Virgen que desde entonces se llamó Nuestra Señora de la Almudena, á la que fuera mezquita mayor de los moros, previamente purificada y consagrada al culto cristiano, que desde entonces se erigió en parroquia de Santa María, cuyo templo subsistió hasta Octubre de 1868, en que fué demolido, pasando la célebre escultura á la iglesia de monjas del Sacramento, hoy parroquia de Santa María de la Almudena.

En el principio de la Cuesta de la Vega, y á la derecha, se ve hoy una Virgen, escultura de piedra, alumbrada por dos faroles, que recuerda á los madrileños el sitio que ocupó la primitiva de la Almudena durante tres siglos.
